

V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

Coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 7

Oriente

KAREN GARROTE
GUILLERMO GOICOCHEA
(editores)

Representaciones de Japón en la literatura: dos formas de violencia contra la cotidianeidad

Sebastián ALBIZURI
Universidad Nacional del Sur
nofx_seba@hotmail.com



...el anhelo infinito de la brújula,
un libro que creíamos perdido,
el pulso de un hexámetro,
la breve llave que nos abre una casa,
el olor de una biblioteca o del sándalo,
el nombre antiguo de una calle,
los colores de un mapa,
una etimología imprevista,
la lisura de la uña limada,
la fecha que buscábamos,
contar las doce campanadas oscuras,
un brusco dolor físico.

Ocho millones son las divinidades del Shintō
que viajan por la tierra, secretas...

J. L. Borges

Hay una expresión japonesa “gambare” que podría traducirse por “ánimo”, pero implica más que esto. También es un deseo de coraje, de valor, de poder sobreponerse a las inclemencias de la naturaleza o del hombre. Una expresión acuñada por un pueblo que ha visto cambiar sus características y sus condiciones históricas radicalmente en 200 años, muchas veces forzado a través de la amenaza militar, muchas veces a través de la violencia directa.

Desde este trabajo se buscará analizar un momento en la historia de ese pueblo: el Japón posterior a la segunda guerra mundial. Para esto se utilizará como fuente dos novelas: por un lado *Pájaros del crepúsculo* de Hisako Matsubara y por otro *Justicia de un hombre solo*, de Akira Yoshimura. En ambas se narra un país y un pueblo atravesado por lo que hemos visto como dos formas de violencia: la violencia propia de la

guerra (los bombardeos a las ciudades, interviniéndose de esta manera la cotidianidad misma de la gente), seguida de una violencia por parte de los vencedores hacia los vencidos (juicios expeditos y ejecuciones a todos aquellos acusados de crímenes de guerra, incluso civiles)¹.

Consideramos que estas dos formas de violencia se agrupan bajo un mismo género: la violencia propia de la guerra. Es por esto que, además, hemos decidido considerar otra forma, mucho más específica y que atentó contra las creencias mismas del individuo japonés (modificando su vida cotidiana y sus valores), una violencia que podría denominarse metafísica: el discurso del emperador en la radio. Hemos decidido llamarla de esta manera en tanto lo que se produce después de este discurso es un cese de lo sagrado. Esta segunda forma es un quiebre en la historia del espíritu japonés, a tal punto, que se habla de que ésta es la causa de que perdiera la guerra.

Las dos novelas fueron escritas por japoneses desde lugares diferentes y están narradas con miradas absolutamente distintas, aunque ambas comparten la forma de narrar: en tercera persona, un narrador omnisciente. Pareciera como si ambos trataran de reponer la Historia olvidada, no contada aún: la del individuo japonés y los cambios que tuvo que afrontar después de la guerra.

En este trabajo, entonces, se intentará dar una mirada sobre esas formas de violencia ejercidas sobre Japón que terminan inscribiéndose en el cuerpo y el espíritu japonés.

Ahora bien, esta experiencia de lectura de Japón, de un Japón, es ficticia: “No miro amorosamente hacia una esencia oriental, *el Oriente me es indiferente*, me proporciona tan solo una reserva de rasgos cuyo despliegue, el juego inventado, me permite acariciar la idea de un sistema simbólico inaudito...”² (Barthes, 1991: 7-8). No se encuentran entre las fuentes utilizadas las históricas, en tanto entendemos la historia como una construcción ficcional de eventos macro-políticos, sociales y económicos. A su vez, la narración ficcional permite ver las consecuencias de los acontecimientos a nivel cotidiano, individual. No es de interés para este trabajo buscar consecuencias sociales, colectivas. La violencia nombrada, principalmente la segunda forma, se vivió individualmente (y esto influye en lo colectivo): es una violencia hacia el individuo japonés y sus creencias. De esta forma, nos permitimos analizar *un* Japón casi individual, íntimo. Ese Japón, construido,

¹ Como se intentará mostrar más adelante en el trabajo, se produce un cambio en estas condenas a medida que Estados Unidos comienza a ver a Japón como un posible mercado.

² El subrayado es mío.

ficcionalizado –y por eso, también, violentado- se esfuma con el final de este trabajo.

Dos novelas, una Historia

Las dos novelas que se intentarán analizar aquí, narran un Japón, un pueblo, a través de dos protagonistas totalmente diferentes: en la novela de Yoshimura, éste es un soldado del ejército imperial en plena fuga –una vez terminada la guerra- acusado de ocasionar la muerte a siete prisioneros norteamericanos. Estados Unidos emprende juicios contra Japón, tanto contra la población civil como contra la militar, acusándola de crímenes de guerra. Los hallados culpables son condenados a la pena de muerte. Así es cómo el protagonista recorre varios pueblos de las islas niponas huyendo de quienes quieren capturarlo.

Por otra parte, *Pájaros del crepúsculo*, la novela de Matsubara, narra los acontecimientos de pos-guerra desde la mirada de una niña, hija de un monje *Shinto*³. La novela comienza con el discurso del emperador en la radio, haciendo foco en las implicancias que esto tuvo a nivel colectivo en Japón y, principalmente, a nivel individual. Se relata los cambios en la cotidianeidad japonesa a partir de la ocupación norteamericana. Estos cambios implican una profunda transformación religiosa y del “espíritu japonés”. Es de particular interés para este trabajo analizar la voz – los discursos, las charlas- del *Guji*⁴, padre de la protagonista, de Masako, teniendo en cuenta el papel del Shinto en la mentalidad guerrera japonesa. Esta novela parece tener un fuerte contenido autobiográfico (la autora también es hija de un monje *Shinto* que creció en los años de la pos-guerra) y podría pensarse que utiliza un narrador en tercera persona para mantener una separación entre autor y obra (contrario a utilizar un “yo narrativo”). Pensamos que la respuesta es otra: tomar distancia de una historia que atraviesa al pueblo japonés y que determinó profundos cambios políticos y religiosos, una historia que

³ Michael Holtom habla de doce posibles definiciones de *Shinto*. Por cuestiones de espacio, hemos decidido tomar solo algunas: “... es la religión indígena del pueblo japonés; (...) es un «culto-*Kami*», una forma de definición en la que *kami* designa las divinidades de Japón; es un pampsiquismo (...); es la esencia de los principios del gobierno imperial; es un sistema que recoge los usos y costumbres correctos en lo político y en lo social; (...) es un sistema de patriotismo y lealtad centrado en el culto al Emperador (...).” (Holtom, 2004:17-18).

⁴ Monje Shinto.

produjo heridas en la gente. El espíritu japonés logró reponerse de la derrota en la guerra, pero cambió para siempre.

En ambas novelas se focaliza el momento del discurso del emperador. Este discurso es marcado como el final de la guerra, no la caída de las bombas. Los personajes están dispuestos a seguir peleando (incluso hasta la erradicación absoluta del pueblo japonés) hasta que escuchan la voz de su emperador en la radio, voz que les impele a “soportar lo insoportable” (Matsubara, 1981: 23). Es interesante remarcar que ambas llaman la atención sobre el tono agudo de la voz del emperador: “Fue pronunciado con una voz extraña, aguda...” (Yoshimura, 2005: 73) y “aguda y cantarina” (Matsubara, 1981: 24). El contraste entre la figura del emperador y su voz, su cuerpo, determinan el final de la guerra, pero también el final de una forma de concebir la política en el ciudadano japonés.

Justicia de un hombre solo: crónica de una huída

Mientras el protagonista recorre distintos pueblos de Japón en su huída, se narran los vaivenes de la relación entre este país y el bloque vencedor de la guerra, principalmente Estados Unidos: en un primer momento, todos aquellos japoneses encontrados culpables de estos crímenes son condenados a muerte, sin excepción y con un juicio expedito. Se narran dos casos particulares: por un lado, el del protagonista, un soldado que recibe órdenes de matar a un grupo de prisioneros norteamericanos. Más tarde, los mismos oficiales que dieron las órdenes no tomarán responsabilidad por ellas, acusando a sus subordinados de actuar por cuenta propia. Tratan de esta manera de salvar sus vidas, condenado así a todos los soldados de sus compañías. El segundo caso es el de una población civil que asesina a un piloto norteamericano que, después de haber bombardeado la región donde habitaban, es derribado y capturado por quienes más tarde lo ejecutarán. El informe oficial citado en la novela dice que el pueblo asesina a estos soldados motivado por “irreprimibles sentimientos de indignación hacia esos criminales que violaban el territorio imperial con el objeto de asesinar ancianos inocentes, mujeres y niños.” (Yoshimura, 2005: 29). Se marca aquí la sensación de impotencia contenida del ciudadano japonés, como su vida se ve dramáticamente transformada.

En este sentido, el protagonista realiza una denuncia del protagonista que es acompañada por la voz del narrador:

Se había ofrecido [a asesinar a los pilotos] por un sentimiento de ira hacia quienes realizaron incontables ataques incendiarios,

además de no uno sino dos bombardeos atómicos sobre ciudades japonesas; veía la ejecución de los pilotos de los B-29 como una respuesta natural e indiscutible a tales actos de barbarie. Pero después de la guerra no había habido comentarios periodísticos adversos a los bombardeos, cuyo objetivo primario había sido la matanza de civiles indefensos. (Yoshimura, 2005: 197)

Se le impone a Japón una serie de condenas –condenas a muerte-, pero no hay castigo ni juicio para los soldados y oficiales del bando vencedor. Esto crea una situación al modo del “Estado de excepción”⁵ planteado por Giorgio Agamben sobre los vencedores: a éstos no los alcanza la ley que ellos mismos crearon. Juzgar solo los crímenes de guerra de los vencidos implica necesariamente una excepción en el derecho: no hay forma legal que pueda sustentar este hecho, por eso se guarda silencio: “Pero después de la guerra no había habido comentarios periodísticos adversos a los bombardeos, cuyo objetivo primario había sido la matanza de civiles inocentes.” (Yoshimura. 2005: 197)

Eventualmente las relaciones entre Estados Unidos y Japón cambian:

En los primeros juicios (...) muchos habían sido condenados a muerte por poco más que una bofetada a prisioneros de guerra y sólo después de dos años los castigos habían empezado a hacerse más livianos.(...) La política de los Estados Unidos hacia Japón estaba en un punto de inflexión (...) pues los norteamericanos dejaban de tratar al Japón como un ex enemigo y trataban de traerlo a su campo como un aliado... (Yoshimura, 2005: 228-229).

Finalizada la guerra se necesitan mercados nuevos para sostener una industria hiper-desarrollada, y Japón es uno de esos posibles mercados. De esta manera, se instala un nuevo estado de excepción, esta vez para los prisioneros japoneses que aún no tuvieron su condena: ya no hay juicios expeditos ni condenas a muerte, sino que estos se atenúan a prisión de por vida (en un primer momento) para finalizar en el perdón de sus crímenes.

El pueblo japonés sufre dos hechos de violencia colectiva: por un lado el constante bombardeo a ciudades civiles. Hecho que produce una

⁵ Las medidas excepcionales “se encuentran en la paradójica situación de ser medidas jurídicas que no pueden ser comprendidas en el plano del derecho, y el estado de excepción se presenta como la forma legal de aquello que no puede tener forma legal.” (Agamben, 2005: 24).

irrupción de la guerra en la cotidianeidad de las personas, marcándolas (marcando el cuerpo, la gestualidad) con la amenaza constante de la muerte. Qué se necesita para que una nación bombardee constantemente a otra, buscando erradicarla es una de las preocupaciones de la novela. En este sentido es que el narrador dice: “Takuya se preguntaba en qué se diferenciaba el pensamiento que guiaba esta acción de la incineración en masa de un nido de insectos.” (Yoshimura, 2005: 68). La respuesta está implícita: no se ve al otro como un igual, como un ser humano. Y por otro lado, la forma en que el pueblo japonés fue juzgado por lo que se consideraron «crímenes de guerra» y cómo estos juicios cambiaron con el tiempo, de acuerdo a los intereses económicos de los vencidos.

Pájaros del crepúsculo: la cotidianeidad violentada

En la novela de Hisako Matsubara, *Pájaros del crepúsculo*, se narra un Japón de finales de la segunda guerra mundial desde los ojos de una niña, hija de un sacerdote *Shinto*. Se describen en ella los cambios que este país tuvo que afrontar: desde económicos (la guerra lo deja en quiebra y con escasos recursos para alimentar a la población) hasta políticos (la realización de una nueva constitución que implica un sistema democrático, buscando restarle poder al emperador) y religiosos. Este último implica el mayor cambio (y el mayor gesto de violencia contra el pueblo japonés) en tanto se atenta contra las creencias cotidianas de la gente.

El *Shinto* atraviesa el ámbito cotidiano de la gente, pero también posee un carácter político, carácter que tiene sus raíces durante la restauración *Meiji*⁶ y alcanza su apogeo durante la segunda guerra mundial:

Desde que el emperador *Meiji* (...) se había declarado monarca absoluto, elevando el culto *Shinto* a la posición de religión estatal, el contenido religioso del culto *Shinto* se había escindido. El *Shinto*, que antes era una religión uniformemente popular, ahora estaba dividido en un *Shinto* oficial, espinazo espiritual del nacionalismo japonés, y el viejo *Shinto* popular y familiar al que seguía adherido la gente sencilla. (Matsubara, 1981:74).

De esta forma, el emperador es un descendiente directo de *Amateratsu*, la diosa de la aurora, y la principal del panteón japonés;

⁶ Ingreso de Japón en la modernidad. Implicó un cambio político y económico. Se da entre los años 1866 y 1869.

deviniendo él mismo un dios (por lo menos, así era visto por la mayor parte del pueblo antes del final de la guerra). El mayor acto de violencia contra este pueblo, entonces, no son las bombas atómicas, ni los constantes bombardeos a las ciudades, sino el hecho de que el emperador hablase por la radio, instando al pueblo a rendirse, a abandonar la lucha. Nunca antes el emperador se había dirigido al pueblo: “todos se miraban perplejos. Que ellos recordaran, el Emperador del Japón jamás se había dirigido a la población. Hasta ese mismo día, el *Tenno*⁷ había sido una imagen distante, velada por la dignidad de su alto cargo espiritual.” (Matsubara, 1981:21). En este sentido, ese “alto cargo espiritual” combina una significación política con una religiosa; y esa religión tiene sus raíces en tradiciones populares. Es por esto que cada mujer, niño y anciano que no fue enviado a la guerra estaba dispuesto a morir luchando con lanzas si era necesario, si el emperador se los encargaba. Pero la historia fue distinta, y el impacto que produjo en la gente este discurso fue abolir una cotidianeidad:

Comprender Japón y las fuerzas internas que lo moldean y los problemas con los que lucha dentro de sus propias fronteras es esencial para conocer algo de las ramificaciones del shinto en el pensamiento y la práctica del pueblo. La base de tal afirmación se puede encontrar en el hecho de que desde la infancia, se enseña a los japoneses que las actitudes y costumbres relacionadas con los santuarios shinto forman parte del sentido cívico. (Holtom, 2004:16)

El culto cívico está atravesado por el *Shinto*, son inseparables. De esta manera, un atentado contra el segundo implica, necesariamente, una transformación, un acto de violencia contra la cotidianeidad del ciudadano. La descripción de la voz del emperador marca el fuerte golpe que sufrieron los japoneses que escucharon su discurso: “Con que esa es su voz, pensaban muchos. Se la habían imaginado distinta, aunque no habrían sabido decir cómo. Esperaban una voz más vigorosa, más masculina, más decisiva, no tan aguda y cantarina como la que había surgido del altavoz.” (Matsubara, 1981: 23-24). El cuerpo del emperador debe estar en proporción con su cargo y su condición divina, de lo contrario el grotesco que se produce hace que las palabras pronunciadas se vuelvan ininteligible: “Nadie entendió las palabras del Emperador cuando una voz extrañamente distorsionada y aguda brotó del altavoz.” (Matsubara, 1981: 23).

⁷ Emperador de Japón.

Hay un segundo cambio a nivel religioso⁸ que es el advenimiento de una nueva religión en las islas niponas: el cristianismo. El *Shinto* pierde el prestigio que tenía durante la guerra (después de todo, los *Kamis*⁹ que hacían invencible al pueblo, lo abandonaron a su suerte) y esta “nueva” religión se impone como una opción, como un cambio. Aunque hablar de opción, en este caso, no implica una “alternativa”: no hay exclusión de una por la otra. En la novela de Matsubara, la protagonista, a pesar de ser hija de un monje *Shinto*, asiste a la iglesia cristiana y aprende inglés.

A partir de esta forma de pensamiento de la no exclusión surge algo propio de la idiosincrasia japonesa: la convivencia de religiones: *Shinto*, Budismo y Cristianismo. Incluso una misma persona puede realizar rituales propios de cada una de ellas sin sentir que lo que hace es una traición o una herejía. En palabras del padre de la protagonista, el *Guji*: “A todo el mundo le gustaría que sus convicciones fueran la verdad absoluta. Pero la verdad es tan vasta y tiene tantos rostros... que ningún libro puede contenerla.” (Matsubara, 1981: 149).

“...cuando nos anonada la desdicha/ durante un segundo nos salvan...”

Jorge Luis Borges en su poema sobre el *Shinto*, citado al comienzo de este trabajo, refiere a una cotidianeidad específica al nombrar, en una enumeración al azar, a distintos *Kamis*. Lo llamativo es que Borges no se refiere a *cualquier* cotidianeidad: está hablando de la suya propia, de su vida de “todos los días”. Considérese como ejemplo de lo dicho el siguiente fragmento: “una etimología imprevista, / la lisura de la uña limada, / la fecha que buscábamos, / contar las doce campanadas oscuras, / un brusco dolor físico.” (Borges, 2007: 398). Los *Kamis* tienen la particular característica de habitar la cotidianeidad de la gente, de pertenecer a la inmediatez del mundo.

Fue esa cotidianeidad violentada, ya sea a través de una violencia física -el constante bombardeo a las ciudades japonesas durante la guerra- y jurídica -las persecuciones y el enjuiciamiento tan sólo a los vencidos, durante la pos-guerra-; y, por otro lado, una violencia metafísica: la caída de la imagen del emperador como hijo de una divinidad al dar un discurso por la radio, instando al pueblo japonés a

⁸ Referirse a la religión de Japón en el contexto de la segunda guerra mundial es implicar, directamente y necesariamente, a la política imperial.

⁹ Divinidades Shinto.

rendirse. Consideramos que, de estos tipos de violencia, el más contundente, el que determina un cambio en el pueblo japonés es el segundo. No sólo por ser un cambio a nivel político sino también a nivel cotidiano: aquellas divinidades que acompañaban al sintoísta lo abandonan a su suerte, desaparecen dejándolo desamparado.

Fuentes

Matsubara, Masako (1981), *Pájaros del crepúsculo*, Barcelona, Tusquets editores.
Yoshimura, Akira (2005), *Justicia de un hombre solo*, Buenos Aires, Emecé.

Bibliografía

Agamben, G. (2005), *Estado de Excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
Barthes, R. (1991) *El imperio de los signos*, Madrid, Mondadori.
Borges, J. L. (2007), *La cifra*. En: *Obras Completas* (tomo III), Buenos Aires, Emecé.
Holtom, D. C. (2004), *Un estudio sobre el shintô moderno. La fe nacional del Japón*, Barcelona, Paidós.